

INTRODUCCIÓ AL TESTIMONI DE FRANÇOIS DE BONDY

Madame de Bondy (Cosina de Charles de Foucauld) es quedà vídua als 45 anys i amb quatre fills.

François n'era el fill gran i tenia un caràcter difícil.

Era un escriptor erudit i famós i vivia sol a París.

Era agnòstic i gaudia de la vida tan com li era possible.

La relació de Mme. De Bondy amb el seu fill François era força distant i reservada.

El 1919 Charles de Foucauld tornà per primer cop a França i mirà de trobar-se amb cadascun dels fills de Mme. De Bondy.

Charles de Foucauld havia anunciat a François la seva visita i aquest l'esperava amb una certa preocupació i tensió.

Sorprès per l'amabilitat de Charles de Foucauld, la trobada li causà una gran joia. Més endavant François n'explicarà els detalls.



TESTIMONIO DE FRANÇOIS DE BONDY, EMINENTE Y ERUDITO ESCRITOR

Jueves, el 25 de febrero de 1909.

Por la tarde aguardaba la llegada de mi visitante. Percibí a lo lejos una indefinida silueta negra de un sacerdote que venía por el camino de herradura. Me impresionó mucho. El conserje abrió la puerta. Dejó pasar al padre Carlos de Jesús. No dijo: "Pax tibi, Francisce", pero era como si con él entrara la paz. Se me acercó, las dos manos extendidas y dijo sencillamente: "Querido François...no te hubiese reconocido!" Es cierto que mi apariencia física, entre los 14 y 33 años, había cambiado. Pero, ¿yo lo hubiese reconocido? Sin duda alguna, yo tampoco, si no me habrían advertido. Sin embargo me parecía que tenía buen semblante, reconocí el brillo en sus ojos, y sobre todo esta sonrisa tan humilde que rebosaba de toda su persona y que poseía ya antes de emitir el voto de humildad.

Excepto la inteligencia de su mirada indagatoria, temperada, y además desmentida por la voluntad tallada en su rostro, de negarse, no quedaba nada del Charles de Foucauld que conservó mi memoria. Tenía delante de mí un enfermizo sacerdote secular, por el miserable abrigo negro que escondía casi totalmente su hábito de misionero. Sólo en su pecho pude entrever una gruesa tela blanca con una cruz y un corazón de color cereza, que todo el mundo desde entonces ha visto reproducidos en las imágenes del ermitaño. Tenía en la mano, lo que se llama popularmente "un sombrero cural", y este pobre sombrero debía haber sido arrebatado por el viento y caído en el lodo, porque el borde estaba completamente manchado de tierra. Y yo miraba aquella cabeza demacrada, una verdadera figura de ermitaño a través de los tiempos, y él mismo sin edad, arrugado, bronceado, una pequeña barba canosa y rala, su pelo rasurado en un cráneo gris. El hábito bastante escotado, dejaba ver un cuello musculoso, de color rojo-ladrillo, marcado por surcos profundos en forma de cruz, como aquellos que marcan la nuca de los campesinos viejos.

Esto era el aspecto físico que mi primo Carlos me ofreció. (No hago esta descripción de su persona desde mis recuerdos, sino por medio de las notas que tomé el mismo día de nuestro encuentro).

Me senté a su lado y conversamos. Carlos me contó que partió de Tamanrasset el día de navidad para llegar sólo ahora (final de febrero). Había viajado cinco semanas a camello y luego seis días en diligencia para llegar al mundo verdaderamente civilizado, teniendo que llevar provisiones, que consistían en dátiles.

La extensión de su parroquia era como tres veces Francia y vivía solo en medio de los Tuaregs. Así no tenía oportunidad de hablar francés, excepto con los pocos oficiales de gira. Mantenía el francés escribiendo y elaborando una gramática Francés-Tuareg (creía que era un dialecto que derivaba del antiguo fenicio). Si alguna vez se publicara la obra, no aparecería bajo su nombre.

No convirtió a nadie, porque no quería actuar apresuradamente. Sólo preparaba el camino, dando medicinas, limosnas y hablando con aquellos auténticos nómadas. Intentaba de disuadir a las jóvenes madres de practicar infanticidios.

Recibía cada dos o tres meses el correo.

Su hermana le había pedido de volver, pero él pensaba: “ ¿Para qué sirve esto?” Le parecía que Paris no había cambiado mucho desde 1890, excepto algunos automóviles. Así es (copiado de mis notas de aquella época) el resumen del relato que me dio de su vida en el desierto.

- Me dijo: “ Sé que has escrito una novela”. Un instante retrocedí un poco, por poco lo niego. ¡Dios mío! La obra de un melancólico... Se lo comentaron.
- “Si me quieres regalar un ejemplar”, continúa, “seré muy feliz de poder leerlo...”
- “¡Pero es una obra que no te gustará en absoluto, primo Carlos!”
- “¿Por qué? Sé lo que es...yo también he vivido... Tiene que ser muy bueno”.

Tan natural como me rebelo ante una postura agresiva, me sentía avergonzado de mí mismo frente a una tal benevolencia, confundido, porque ante una vida tan pura y difícil de Carlos, no tenía otra cosa que ofrecerle que placeres, tonterías o por lo menos frivolidades, todo lo que él tenía que considerar como una sarta ininterrumpida de pecados.

Sin que él diera motivo me invadieron sentimientos de culpa por no llevar la vida que, de cierta manera, había considerado y por la pereza y la debilidad que encontraban continuamente en mí una presa fácil, excepto algunos propósitos que nunca tuvieron una larga carrera. Llegó a tal punto que , contrariamente a lo que había pensado cuando anunciaron su visita, me reprochaba a mí mismo y él me excusaba, con esa bondad y esa humilde dulzura que han conmovido cada vez de nuevo a todos lo que le han encontrado en algún lugar del mundo.

Se disponía para irse y tomó su sombrero. El lodo blanquecino en el borde se había secado.

- “Espere primo Carlos...Voy a cepillar su sombrero...Él lo rechazó, pero yo insistía.
- “ Usted no puede partir con semejante sombrero...”
- “ Esto es un servicio que no le puedo prestar si me va a visitar en Tamanrasset.
- “¿Por qué?”
- “Porque no poseo un cepillo...
- “¿Qué? ¡No tiene ningún cepillo!
- “¡No, hombre!”

A la puerta, primo Carlos se despidió serenamente y me dijo que esperaba volver a verme dentro de unos veinte años, a no ser que yo hiciera antes un paseo por el Sahara por el lado donde él vive.

Después de su partida, me quedé absorto en mis pensamientos, fascinado por aquel visitante insólito que ya había desaparecido. Para mí era innegable que, mientras Carlos me hablaba, había con él una bendición en la habitación y algo suave y de una calma infinita me envolvía todavía. Durante una conversación afectiva como aquella, se comunican las almas sin vergüenza y se hablan detrás y debajo de las palabras, se encuentran como en el cielo. No había dicho nada que me perturbara. Era aquella

increíble felicidad que emanaba de él que dominaba todo, mostrándome la superioridad de lo que para él constituía la esencia, la estabilidad, la continuidad. Porque, al escucharle hablar, con toda sencillez, de su vida fervorosa, no quedaba duda alguna acerca de su perfecta felicidad. (Además todas las cartas publicadas después de su muerte, demuestran que aquí no sólo se trataba de un comportamiento).

Yo tengo veinte años menos que él y he saboreado lo que se suele llamar las delicias de este mundo... toda la suma de estas satisfacciones, pesando menos que una pluma pequeña en la balanza comparada con la felicidad total del asceta, me inspiraba un sentimiento extraño, no de envidia sino de respeto.

¿Por qué tenía este poder misterioso sobre mis pensamientos? Así como no quería convertir a los musulmanes, intentaba tampoco de darme una lección de moral. Pero tal vez, sin darse cuenta o sin dar importancia a la idea, amaba él lo apasionado que hay en mí, aunque este se inclinaba a lo contrario de su ideal, porque dentro de los muchos movimientos oscilantes de mi inquietud, algunos movimientos me debían llevar a un punto cerca de su corazón desenfrenado, donde jamás llega el sincero latir limitado de los corazón es tranquilos

Era mucho más que 'crear un ambiente', como se dice. Es indiscutible que durante su visita veía a Carlos rodeado de un aura, no luminosa ni visible, pero perceptible por no sé que sentido que todavía no tiene nombre.

Así continuaba esta música silenciosa después de la partida del apóstol y seguía nutriendo la radiación benéfica, portadora de bienaventuranza y de sueños, hasta el momento que me llamaron por teléfono.

Era la señorita X..., una bailarina del Opera, famosa y espiritual.

- "¡Ah! Es usted... me decía... ¿le va bien?"

- "Muy bien, gracias. Pero, ¿qué pasa? No es sólo para saber de mí que me llama..."

- "Sí y no. Quiero invitarle a una cena con algunos amigos tal día....He intentado esta tarde hablar con usted y su conserje me contestó que no quería ser interrumpido, que tenía visita de un sacerdote...Ya comprenderá que estaba un poco preocupada.

- "Non, non...Es un familiar. No era la extremaunción.

Este interludio me hacía reír y me sentía triste.

Me sentía triste, porque cuando cesa la música, la orquesta se para súbitamente; no se oye más que los ruidos vulgares que no son música. Pero así es la vida, tejida de contrastes, y por esto divertida, en el fondo ardiente y luego, de improviso, de un frío glacial, como una tortilla noruega. Y el ser humano también tiene dos lados.

Pero aquella noche, el episodio de la bailarina fue fugitivo y el minuto con Carlos se grabó para siempre.

El 26 de febrero de 1909 – Salida a París